

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



EL POETA JUAN DE LA CUEVA.



A la verdad que no nos deberá sorprender que Sevilla, opulenta metrópoli en los romancescos tiempos árabes, emporio de bellezas y tesoros en la edad media, y mansion de delicias en los de ahora, sea la cuna de nuestros mas selectos poetas y pintores. En el siglo XVI florecieron

mas que nunca una infinidad de escritores en aquella ciudad, que la España, y aun la Europa misma admiran; y aunque no enteramente coetáneos, se puede decir que se llevaron muy poca delantera,

y que los nombres de la Cueva, de Herrera, de Rioja, de Argote, de Jáuregui, y de Arguijo, han llegado á poseer el justo tributo de la inmortalidad. Ni pudiera concebirse otra cosa: un pueblo que embriagado con el traspirante aroma de sus verjeles y plantíos, sus flores, sus dulces auras, sus tiernas cantinelas y sus seductoras mugeres, se vé arrullado por las olas de un rio tan memorable en lo pasado, que envuelve tantos recuerdos históricos, y pasa lamiendo las verdes praderas que le sirven de cauce, para irse á perder en el Océano: un pueblo noblemente preocupado con sus monumentos artísticos, su Alcázar, sus palacios, su gran mezquita y sus torres arabescas; un pueblo, en fin, que recostado sobre un lecho de verdura, agita en su seno todas las ilusiones de la naturaleza y del amor, tiene qué hacer des-

peritar a cada instante en sus hijos imágenes risueñas y vivas, tiene que hacerles admirar las grandes hazañas de sus guerreros y conquistadores, tiene que hacerles cantar sus bellezas y tradiciones; en una palabra, tiene que ser la patria de sensibles poetas y de profundos pintores. Si a esto se agrega un hecho histórico de alta monta, glorioso, eterno, que tuvo lugar en sus murallas, y que decidió de su suerte futura, cual fué la conquista de aquella ciudad por el Rey Santo, hecho que fué el sólido cimiento de nuestra regeneración, y que influyó eficazmente en la espulsión sarracénica posteriormente; veremos comprobada mas eficazmente esta necesidad, este influjo poético digamos con mas propiedad. Y si somos amantes de nuestras glorias, si hemos tenido la suerte de pisar los umbrales de aquella deliciosa población, no dejaremos de preguntar a nuestra memoria, de instigarla a que nos recuerde si hubo algun poeta sevillano que cantara con apacible voz las glorias de sus progenitores, cual lo hubo en Italia para hacer resonar por la cristiandad los hechos de los que conquistaron la ciudad santa, la cuna del Salvador. La historia no nos dejará en esta impaciencia; nos marcará ese hombre que anhelamos ver, y ese hombre será nuestro esclarecido poeta Juan de la Cueva.

En Sevilla, pues, y en el siglo XV al XVI, nació Juan de la Cueva, de familia ilustre, como lo denota su apellido; cuyos padres, aunque no poseedores de una fortuna inmensa, tenían la bastante para dar a su hijo una buena educación, cual requerian aquellos tiempos, que produjo excelentes resultados; pues hay historiadores que aseguran que a la edad de diez y seis años sus versos llamaban ya la atención y se leían en los coliseos de Sevilla. Sus profundas miradas, estatura elevada, su robustez, su cabeza, que se distinguía por ser algun tanto prominente, y sobre todo su aspecto, aunque noble y halagüeño, áspero, meditabundo y pensativo; daban a entender que poseía un alma elevada y fácil de impresionarse de imágenes heroicas. No es personaje a la verdad de quien se refieren raras y novelescas aventuras; los historiadores callan, y nosotros al ignorar su vida privada, podemos deducir del espíritu de sus escritos, que era rígido observador de la verdad, y mas aun de las reglas del arte, como en sus composiciones se demuestra.

Sus obras publicadas son muchas. Las *poesías líricas*, sus *Comedias* y *Tragedias*, el *Coro Fívoo de romances Historiales*, el *Poema épico* titulado *La conquista de la Bética*, el *Arte poética* en verso, etc., son una muestra de la fecunda vena de nuestro autor. Mas aun, son sus obras inéditas; muchas de ellas existían en el archivo de la casa del señor conde del Águila en Sevilla, debiéndose sentir no se hayan publicado. D. Nicolás Antonio en su *Biblioteca Hispana* nos dice tambien que posee parte de los *Romances Historiales* de este autor, que debieran componer su tercer tomo; porque, como él mismo nos indica, «Carmen de quaere re pangebant.» habiendo escrito sobre todas materias y en todos metros, no es extraño se hayan perdido muchas de las que corrian sueltas de este escritor. Sin embargo, entre las no

impresas que fueron dedicadas a su hermano el inquisidor Claudio de la Cueva, se encuentran algunas *poesías* interesantes, tales como la *Historia del apellido de la Cueva y descendencia de los duques de Alburquerque*, un poema de los amores de *Marte y Venus*, una *Epístola* a Cristóbal de Zayas y contra los malos poetas de su tiempo, los *Cuatro libros de los lauretores de las cosas*, la *Mercedina*, poema burlesco, *Batalla de las ranas y de los ratones*, poema traduccion de la *Batracomiomachia* de Homero, su ejemplar poético, y varios sonetos, canciones, églogas, etc. que compuso en ratos de distracción.

Pero viniendo a analizar el poema titulado *La conquista de la Bética*, la obra acaso mas esencial de este autor, que dedicó a D. Antonio Fernandez de Córdoba, primogénito de la casa de Guadalcázar; observaremos si es acreedora esta producción a nuestros encomios, ó si lo es solo a nuestra acre censura. Grandes bellezas, y muchas de ellas inimitables, vemos en esta obra esparcidas, pero confundidas con deformidades, depravacion de gusto, y sobre todo con la introduccion de farsas ridiculas en el poema, que vienen a asimilarlo a una piedra preciosa de inestimable mérito, aun no descascarada de las partículas que le impiden dar luz y brillantez. El objeto del poema es sublime, elevadísimo, acaso no cantarán con tanta justicia a sus héroes Rusa, Ercilla ni Lucano; pero no está desempeñado cual merece; suele decaer con frecuencia el interés en el momento que esperamos ver una acción brillante y atrevida, y generalmente hablando, se describen las escenas con frialdad. Elogiar el valor castellano, escitarlo a la pelea contra las huestes agarenas, derrocar su bárbaro poder, arrojarlas de la Andalucía, de ese suelo tan envidiado en todos tiempos, y fijar el trono de San Fernando, del rey que dirigía el campamento en la misma ciudad, donde brillaban los blasones infieles, es una idea valiente y propia de un verdadero poema. ¿Dónde cabría mejor asunto? ¿Acaso habria un héroe en la historia española mas digno que San Fernando? El caudillo que con su ejemplo y animado de la piedad mas acendrada iba a conquistar un vasto imperio, no era noble modelo para que las lirás sevillanas se empleasen en su loor? Si tal. Pero debemos repetirlo; Juan de la Cueva, que siempre procuró imitar a Ovidio, no consiguió en su poema aproximarse al célebre poeta a quien tomaba por modelo, ni aun a nuestros poetas épicos. El héroe y los guerreros forman mal contraste; sin embargo, Botalhá y la varonil Tarfia, aquella muger entusiasta, son superiores a los demas personajes. Mas si el armazon es tan incompleto, si la *Conquista de la Bética* no reúne los elementos de la verdadera epopeya, posee una prodigiosa entonacion, aun cuando algunas octavas esten llenas de rípios y vulgaridades, y sobre todo son impropios los nombres de Axartaf, Lope Diaz de Alfaro, Arias Quijada, etc., que si en una tragedia pueden pasar, no pueden nunca en los poemas, si no se les reviste de cierto artificio poético. Pero no hay que olvidar, que Juan de la Cueva escribía en un tiempo de trastorno en la poesía, y él no quiso escribir nunca sin reglas; por lo que dicho poema

debe colocarse en el número de nuestros mejores y mas exactos cantos épicos, pues á una profundidad y sencillez en las formas estremadas, reúne una bella versificación, superior en algunas partes á la Araucana, un género descriptivo ameno, sobre todo en la batalla naval del Guadalquivir, y un buen gusto en las comparaciones. Su *Arte Poética* en verso es bastante bello; en él descubre Cueva su génio emprendedor y de reforma, razon por la cual es contado entre los poetas novadores é inventores de la poesía estrictamente cónica. Mucha prudencia descubre, y á mas de esto imparcialidad al describir el mal ó buen gusto de nuestros poetas. Juan de Mesa por sus altos conceptos, Garcí-Sánchez por la dulzura de sus pasiones, Baltasar Alcazar por los epigramas, Lope de Rueda por la gracia, merecen sus imparciales elogios. ¿Y qué diremos de los que prodiga á nuestro grandilocuo y armonioso lenguaje? Nadie ha dicho con mas propiedad,

«Que á solo España concedió Castalia
Por natural cantar en su idioma,
Iras de Marte y fuegos de Accidalia.»

Sus comedias son buenas; las podemos considerar como arregladas á el arte; el teatro de la farsa, de la pantomima y del enredo, que inauguraron Lope de Rueda y Naharro, lo reformó notablemente; sus esfuerzos consiguieron, aunque unidos á los de otros poetas de aquel tiempo, levantar el teatro cómico español del abatimiento en que yacia, puliendo el drama y desnudándolo del clasicismo y rudeza que tenia. Sus tragedias tambien estan bien acabadas: las cuatro de que tenemos noticias, tituladas *Los siete infantes de Lara*, *la Muerte de Ayax Telamon*, *la Muerte de Virginia y Apío Claudio*, y el *Principe Tirano*, reúnen á una accion teatral bella, una versificación correcta. Sus poesías líricas no son notables, pues confunde y no describe los personajes que en ellos intercala.

Hugo Blair en sus *Lecciones de retórica y bellas letras*, tomo 4.º, aunque en algunas ocasiones lo considera de mal gusto, hablando de él dice: «Que fué el verdadero novador del teatro antiguo, el que introdujo la variedad de los metros, y el que los hizo plausibles con su autoridad, tanto, que imitados (dice) en esta parte por Cristóbal de Vinie, por Cervantes y por otros, llegó á persuadirse Lope que eran una gala de la dramática.»

El Parnaso Español insertó algunas noticias de este esclarecido poeta, y generalmente se conviene en que la Cueva encontró un teatro corrompido y le dió nobleza y majestad, en cuya reforma, aunque procuró imitar á Tasso na lo consiguió. Reformó todo lo que pudo, hizo bastante para su siglo.

Finalmente, su muerte dicen se verificó á los 50 años de edad en Sevilla. Muchas veces en los coliseos de esta ciudad se le ciñó la corona del mérito, que tan justamente habia conquistado.

EUGENIO GARCIA DE GREGORIO.

LA ESPADA DEL DUQUE DE ALBA.

NOVELA HISTÓRICA.

IV.

Debe conservarse lo que se puede.

Durante las primeras horas de la navegacion, Joos y el viejo permanecieron sobre la cubierta del buque absortos en sus melancólicas ideas. Lija la vista en los Países Bajos que se alejaban y mirando á la patria desaparecer poco á poco sobre el horizonte. Cuando ya no vieron mas que cielo y agua, el viejo fué quien primero levantó la cabeza.

—Vamos, dijo á Joos, valor ¡hijo mio!

El desconsolado Gantés, levantó la cabeza y vió con sorpresa los párpados de su señor humedecidos con lágrimas. Este advirtió la estrañeza del jóven y se sonrió.

—Se pueden dejar con sangre fria las grandezas de la tierra, añadió; pero no puede uno alejarse para siempre de su pais natal sin que el corazon se oprima y se humedezcan las mejillas.

—¡Para siempre! repitió Joos con espanto.

—Ten confianza, repuso el viejo, no se trata mas que de mí solo. Tú no tardarás en volver á ver la ciudad de Gante, y á tu familia tambien. Sí; y pronto, lo conozco, porque dentro de poco no tendré necesidad de tus servicios.

—Y sin embargo, exclamó Joos afectado, á quien la tristeza y la hondad de su compañero le habian conmovido; sabéis que me he entregado á vos en vida y en muerte.

—¡La mia es la que te dejará en libertad, Joos! ¡Ah! Creia haber encontrado en ti, que eres jóven, y que me debes la vida y la felicidad un servidor fiel y desinteresado.

Pero veo que vás á desear el dia en que se cante un *De profundis* sobre mi fosa.

—¡Ah! señor, que pensamientos tan injustos para conmigo.

—Conozco los hombres, interrumpió el viejo amargamente, no es de hoy el apreciar y experimentar su egoismo y su ingratitud!.. Vamos, no vayas á afligirte con mis palabras de misantropía. Dios te libre de las fatales pruebas que me infunden estas ideas de desprecio hácia los hombres! Sí, Joos, debes bendecir á cada instante tu misma oscuridad; puedes reirte de la vida, y no considerar la muerte como tu único consuelo y tu sola esperanza.

Al decir esto, estendió cuidadosamente el viejo los pliegues de su capa sobre el pecho, para preservarse del frío, porque comenzaba á hacer fresco y el viento soplabá con violencia.

—La temperatura se hizo demasiado rigurosa para que continuase sobre cubierta con Joos: así que, bajó con el Gantés á la popa donde se hallaba dispuesta una cáma-

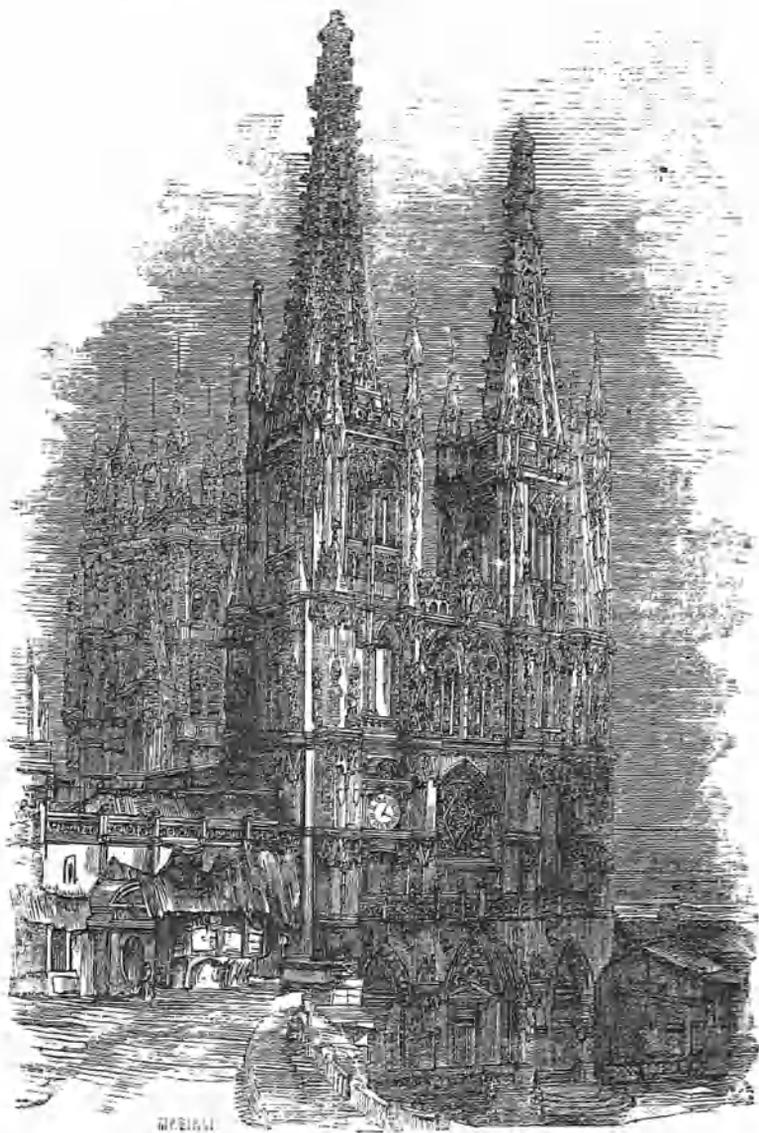
ra para él. Todos se retiraban respetuosamente para dejarle pasar, observando Joos que á este respeto se agregaba cierta especie de ávida curiosidad.

La cámara del viejo era mas cómoda que suntuosa, si es que pueda llamarse cómoda una pequeña pieza de seis pies de largo, donde apenas se podía estar de pié. Los muebles consistían en dos sillas de madera, y una cama en forma de féretro que escitó el terror y la sorpresa de Joos.

El misterioso personaje pareció satisfecho, y casi con-

movido de ver el efecto que habia producido en su nuevo ayuda de cámara, aquel aparato lúgubre. Una calavera, algunos libros, unas disciplinas y un hábito de fraile encima de la fúnebre cama, formaban como una especie de trofeo digno de los demas muebles.

—Tú serás en adelante mi único criado, dijo el viejo á Joos. Los servicios que de tí reclamo, son por otra parte poco penosos. Consisten en arreglar este cuarto todos los dias, y traerme la comida. A las cinco de la mañana te darán para mí un poco de leche caliente; á medio dia un



[Vista de la fachada de la Catedral de Burgos.]

pedazo de pan de centeno y á la hora de cenar tengo bastante con la ración de carne que reparten á los marineros.

En cuanto á ti, hijo mio, como no quiero sujetarte á este régimen de cenobita, continuó satisfecho del asombro que habia causado á Joos una comida tan frugal,

tengo dadas las órdenes oportunas para que comas con el capitán á la mesa. Solamente te encargo no trates de descubrir quien soy; porque quiero que lo sepas únicamente de mi boca, y cuando sea tiempo.

Duró once dias la travesía, sin ningun suceso que merezca la pena de contarse. El viejo que parecia con-

trariado por la inacción y por el tedio, pasaba largas horas platicando con Joos. Se complacía en contemplar su naturalidad, se divertía con su buen humor, y tomaba un vivo interés al oírle contar sus amores, y las pruebas á que se había sometido.... Formaban despues mil proyectos sobre el modo de emplear el tiempo en el retiro en que iban á sepullarse. Joos enseñaría á su maestro el arte de tornejar, y en cambio tomaría lecciones de relojería y jardinería.

Cuando el viejo hablaba de estas dos cosas, tomaba su semblante cierto aire de satisfacción. A creerle, nadie entendía cómo él de pulir una rueda, é ingertar un árbol.

El que hablaba la víspera, de una muerte próxima, parecía recrearse con los frutos que había de recolectar en 15 años. Así con estas alternativas ya risueñas, ya sombrías, ya desconsoladoras ó bien llenas de esperanza, llegó el buque á las costas de España, tocando en Laredo.

El viejo se puso sobre cubierta tan luego como hubo divisado el puerto.

—¡Ah! dijo á Joos; el secreto de mi nombre, no será ya por mucho tiempo un misterio para tí. Ya hará muchas semanas, estoy seguro de ello, que la gente viene á observar desde la costa si distinguen de lejos en el mar el pabellon de mi buque. Vás á ver testimonios de admiración y de respeto. Polvo es todo ello, vanidad de vanidades que no despiertan en mí, sino el desprecio y el fastidio.

A pesar de estas previsiones y temores, nadie había en el puerto cuando la chalupa condujo á tierra á Joos y á su señor. Atravesó entre los que se paseaban por el puerto sin escitar su curiosidad, y sin que nadie reparase en él lo mas mínimo.

Poco antes se disgustaba por los honores que creía le harían, y al ver su soledad experimentó al pronto cierta complacencia que se convirtió despues én un profundo abatimiento. No podía ya disimular lo que sentía, y se espresó en términos duros y en acusaciones de ingratitud contra los hombres á la cual achacaba el desengaño que sufría.

—Abandonemos estos lugares, dijo, apresurémonos á sepullarnos en nuestro retiro lejos de una gente tan despreciable.

Mandó disponer el carruaje que ya había desembarcado, y los dos viajeros partieron para Burgos (1) donde llegaron sin que ocurriera ningun incidente de interés. En esta ciudad Joos hizo á su amo la siguiente observación.

—Señor, le dijo, me mandásteis entregar al capitán el cofrecito lleno de oro que venia en vuestro equipaje, para que le distribuyera por vía de gratificación. Ahora

(1) Siguiendo la costumbre introducida por los periódicos pintorescos del extranjero, de ilustrar las novelas con vistas de los monumentos célebres, existentes en los parajes en que ocurren las escenas de ellas, damos hoy una preciosa vista de la catedral de Burgos, que demuestra los adelantos hechos en España en el grabado en madera, desde el año de 1840 en que publicó el *Semanario* otra vista de este edificio; cuya descripción encontrarán nuestros lectores en la página 95, del tomo 2.º de la 2.ª serie.

pues, ¿en dónde contais tomar dinero para continuar el camino? porque no podremos ir á Valladolid como deseais sin pagar á los mayores.

El viejo se sonrió.

—Tienes razón Joos. Vé á casa del tesorero público, y dile que inmediatamente venga.

—Pero ¿de parte de quién se lo he de mandar?

—De parte del Emperador Carlos V.

—¡Del Emperador! exclamó Joos poniéndose de rodillas.

—Sí, hijo mio, replicó bondadosamente el Monarca levantando á su ayuda de cámara. ¿Sientes ahora haber dejado á tu muger y á tu madre por servir á Carlos V.?

—Señor, no me atrevo á levantar los ojos delante de V. M.

—Hé aquí precisamente lo que yo trataba de evitar, y lo que no puedo consentir. Con tu señor que no es por otra parte mas que un viejo oscuro, debes conservar tu franqueza y tu buen humor. Vamos, anda á casa del tesorero.

Joos desempeñó bien su comision. El tesorero vino al punto á ver al Monarca.

—Señor tesorero, le dijo Carlos, quiero que me proporcioneis diez mil pesos.

—Mucho honor sería para mí obedecer las órdenes de V. M., replicó el funcionario; pero á pesar de mis deseos, os diré que no tengo esa suma en mi poder.

—No os la pido á vos, interrumpió el Príncipe con altanería; es una orden que os doy para que me entreguéis diez mil pesos de las arcas del Estado que os están confiadas.

—No puedo disponer de los fondos, sino en virtud de una orden por escrito de S. M. Católica.

—Pues traed papel, que voy á firmaros la orden; ya podeis ir á buscar el dinero.... ¿Qué? ¿no obedecéis aun? ¿todavía estais ahí?

—Es que es preciso una orden por escrito del Rey, señor.

—Pues aquí la teneis, gritó Carlos con furia.

—S. M. Católica está en Bruselas, dijo entre dientes el tesorero bajando los ojos.

Carlos V encolerizado, llevó la mano á la cintura como en busca de un puñal. Su palidez era espantosa, y la sangre se agolpaba en los labios que mordía con rabia.

—Retiraos de mi presencia, miserable, retiraos.

Se cubrió la cara con sus manos convulsas; cuando levantó la cabeza, hizo un esfuerzo para sonreirse, y dijo con voz ronca aun de cólera:

—Vamos; yo queria ser monje, y héme aquí mendicante.

Marchemos, Joos, marchemos á pié, con un palo en la mano; diremos á la puerta de las casas donde pidamos un poco de pan:

—No dejéis morir de hambre al Emperador; no hagais como su hijo, y como sus cortesanos.

(Continuará.)

COSTUMBRES.

DOS ALMONEDAS EN UNA.

ESCEJAS CONTEMPORANEAS.

ARTICULO II.

Es esta calle una de esas muchas travesías estrechas, sucias é irregulares que se encuentran en ciertos barrios de Madrid, y en donde soló habitan carniceros, revendedores y miserables cesantes ó personas desgraciadas, que nacen á su principal desdicha, origen de mil infortunios, la de tener que habitar en medio de una sociedad inmoral é insuportable, y en donde la virtud mas esclarecida tiene que resistir á los ataques del vicio, y pasar por mil pruebas extraordinarias.... Despues de hallar el número de la casa de mi desgraciado, me introduje en un portal oscurísimo, con un olor hediondo, y capaz de trastornar la cabeza del mas veterano pocero, y, á beneficio *del tacto*, pude hallar la escalera que mas bien era una pendiente, no muy inclinada por cierto, en donde otro tiempo hubo escalones; pero que ahora soló conservaba algunas desigualdades, que hacian mas difícil su ascension á aquellas *jaulas* menos cómodas, que las que suelen concederse á algunos irracionales; por fin al cabo de mil tropezones, resbalones y mareos, vencidos cuantos obstáculos se me presentaron, no á la vista, pues ya he dicho estaba completamente á oscuras, y me encuétré llamando á la puerta de la boardilla mencionada...

Una muger, ó mas bien una sombra, abrió la puerta, y antes que yo la preguntara nada me dijo: aquí caballero... ¿V. es sin duda á quien llevé una carta esta mañana?...

—Efectivamente, señora, la contesté mirándola asombrado de que aquella osamenta forrada en un poco de pergamino pudiese, no solamente subir por tan impracticable escalera, sino conservar un resto de fuerzas para hablar... Esto mismo le hubiera ocurrido á cualquiera al mirarse frente de una muger alta, de cincuenta años de edad, sobre poco mas ó menos, y tan descarnada, que su cutis estaba unido enteramente al hueso, y le daba un color indefinible.... La nariz, que en tiempos mejores para ella, podría pasar como regular y afilada, hoy era ya descomunal.... En sus labios no existia el mas pequeño resto del sonrosado que tal vez hace cuarenta primaveras haria la delicia de mil adoradores...

Aplastaba su pronunciada cabellera, una cosa que la llamaríamos papalina, sino temiéramos ofender el orgullo de las verdaderas prendas de esta clase, y no nos atrevemos á darle el nombre de gorra porque en realidad no lo era; pero este tocado de nuevo género tenia una forma particular é indescripible, y su color blanco en épocas ya muy remotas, se habia toruado, tal vez á fuerza de humo, en el de los tan ponderados pañuelos de Nipis, que tanto aprecian nuestras elegantes.... Un chal negro, muy viejo, cubria sus hombros, y aun su cuello,

pues le llevaba prendido hasta casi la barba, y un resto del mismo color del chal, componian la *neglige* de aquel'a buena señora, cuyo semblante revelaba la miseria y un largo padecer....

—Pase V. adelante, me dijo aquel espectro queriendo hacer asomar una sonrisa á sus lívidos labios, cuyo deseo no pudo pasar de proyecto, sin duda por falta de uso, y contemplando mi asombro, añadió con cierto tono que mostraba su situacion.... Siento mucho no poder recibir á V. en una habitacion tal, y como se merece y la he tenido en otros tiempos; pero mi hijo me ha hablado de su carácter de V. estremadamente amable y franco, y creo nos escusará haberle hecho subir á esta miserable choza....

—Señora.... ignoro todavía á quien tengo el honor de hablar (la contesté), aunque supongo sea la madre de un amigo mio; pero de todos modos agradezco á V. y á su hijo la buena opinion que de mí tienen; y deseo poderles mostrar mi gratitud ocupándome en su servicio....

Llegamos en este coloquio á una pequeníssima y reducida habitacion cuyos adornos consistian en una mesa de pino, que aun conservaba alguna reminiscencia de su primitivo barniz, y cuatro sillas desvencijadas, y con las espadañas en una completa anarquía y desunidas á manera de partido político.... En dos ángulos de esta miserable vivienda se veian en el mayor desorden, y muy amontonados, una gran porcion de libros y bastantes legajos de papeles.... Sobre la mesa estaba una escribanía compuesta de diversas gerarquías, pues cada vaso de ella era de distinta forma, metal y clase.... Separaba á este modesto *gabinete* de estudio, de la alcoba en donde se encontraba mi desdichado amigo, una cortina de indiana muy zurcida y remendada, y sus costuras horizontales de trecho en trecho claramente demostraban haber servido antes para falda de vestido de señora.

—¡Ya tienes aquí á tu amigo, hijo mio!.... exclamó aquel tipo de la miseria, descorriendo con su huesosa mano, la transparente y calada cortina, cuya operacion fué ejecutada por medio de algunas lazadas de cinta puestas en la parte superior de aquella, que deslizándose por una caña donde estaban metidas, hacian el efecto de los anillos de metal, de que se acostumbra á usar en colgaduras menos modestas....

—¡Ah!.... ¡Qué entre!.... ¡Qué entre!.... contestó una voz débil desde el fondo de la pequeña alcoba....

Dirigime adonde habia sonado la voz, y encontré en una pobre, aunque muy aseada cama, un hombre cuya fisonomía pálida y demudada revelaba haber sufrido mucho en alguna enfermedad agudísima. Su cabello negro y liso dividido por una raya en el centro de la cabeza, caia formando bucles sobre su cuello, y sus ojos y grandes cejas del mismo color de su cabellera, daban á su fisonomía ese *no sé qué*, que suele hallarse algunas veces, é interesa y predispone muy en favor de la persona á quien se mira sin poderla negar desde este momento la amistad....

—¡Querido amigo!.... me dijo alargando su descarnada y amarillenta mano.... ¿Es posible que nos volvamos á ver despues de tantos años que no hemos sabido el

uno del otro?... No me conoces!... Apretaba mi mano con una fuerza convulsiva, y alguna lágrima corría por sus pálidas mejillas. Después de mirarle un poco de tiempo le dije: confieso, amigo mío, que no conozco á V., cosa que no debe extrañar cuando tantas son las personas con quien se tienen relaciones en la vida, y mucho mas despues de algunos años que no nos hemos visto, segun acaba V. de decir. . .

—¡Oh! sí... Bien lo creo... Bien lo creo... repuso al instante... Pero sientate á la cabecera de mi cama, como otras muchas veces has estado, y solo una palabra que te diga te demostrará al punto quien soy... ¡Ah!... Toledo... Toledo... Sus góticos edificios... Las duradas aguas del Tajo y la fuente de la Paletaria... . .

—Basta... Basta... le dije al momento, y me tendió sus brazos estrechándome contra su palpitante corazón, gozando ambos de un placer que no tiene igual en la vida... Abrazarse dos amigos de la infancia despues de largo tiempo de separacion y variaciones de fortuna... . .

Confieso que hacia muchos años no habia recibido mi corazón impresiones tan agradables como las que en este instante sentia, y creo que no dejaria de ser un objeto de estudio para un artista, la escena que se representaba en este momento en aquella indigente alcoba, y de qué solo era único espectador una madre, que hacia largo tiempo no habia visto en torno suyo mas que desgracias, miseria y degradacion... Petrificada se encontraba en este instante, y su actitud revelaba mas que nada su sorpresa, contemplando sin duda que en medio de sus infortunios, aun la habia Dios reservado un goce... Miraba á su hijo en los brazos de su único amigo... . .

Ambos volvimos de ese éxtasis en que nos encontramos sumergidos, y nos dirigimos una mirada en que quisimos explicarnos con la mayor brevedad nuestra situacion... Nos comprendimos, y no nos equivocamos, pues á pesar de lo poco inteligible que suele parecer á una persona indiferente ese lenguaje mudo de los ojos, hay situaciones de la vida, en que nada es mas significativo y eficaz... Bajamos inmediatamente la vista para darnos á conocer, que no era nada halagüeño el papel que nos tocaba hacer en esta gran comedia, y aun cuando él no tenia necesidad de esta demostracion para comprender bien su posicion, á mí me era del todo indispensable; pues él, como muchos, habia juzgado solo por las apariencias, y las mias podian deslumbrar á cualquiera, que no conozca los tropiezos de Madrid... . .

Su madre que hasta este momento nos habia observado en silencio, y tomado parte en nuestro goce, se alejó de aquella habitacion sin duda porque conocia que se repetiría muy presto la relacion de las desdichas de su hijo, donde oiria de nuevo las de toda su familia... . .

Viendonos solos fué preciso entrar en explicaciones, y hablar de lo pasado, presente y porvenir... . .

Con efecto: habiamos de lo pasado, y nos recordamos mutuamente aquellos tiempos de dichas, que el placer escribe en el corazón humano de una manera que no se borra jamás, y cuyas páginas son un recurso para los malos ratos en que, abrumados por las penas y disgus-

tos de la vida, recurrimos á este libro tan lleno de bellezas, que cada vez se nos presentan con formas mas halagüeñas y distintas... . .

Llegamos á lo presente, y para ambos era demasiado triste; de manera, que quisimos recurrir al porvenir aunque fuera pintando castillos en el aire, cosa tan frecuente entre dos amigos, para quienes no hay secretos de ambicion... Cuando quisimos entregarnos á estos pensamientos, una columna piramidal de humo empezó á elevarse en derredor de nuestras cabezas, y ondeando por el espacio que de ellas mediaba hasta el techo, comenzó á llenarse la alcoba de una densa nube, que poco á poco nos iba robando la escasa luz, que entraba por una estrecha boardilla, que frente á la puerta de la alcoba habia... Absortos con fenómeno tan raro, nos miramos, y permanecimos mudos un momento, sin atrevernos á preguntar la causa de esta aparicion, que nos dejaba á oscuras, y que significaba verdaderamente lo que nos aguardaba... *Un porvenir oscuro*... Luego que volvimos de nuestro asombro, me levanté y dirigí al punto de donde salia el humo, y bien pronto di á conocer á mi amigo por una estrepitosa carejada, que habia averiguado la causa que produjo tales efectos, y que solo consistia en una *cazuela con tumbre* donde se quemaba un poco de espliego... La madre de aquel colocó este modesto pebetero en uno de los ángulos de la alcoba, á mi llegada, y empezó á producir su efecto en una ocasion que tuvo gran influencia sobre el ánimo de mi amigo extraordinariamente fatalista; así que desde este momento nos fué preciso renunciar á pensamientos tan halagüeños para todo el mundo, y que á nosotros no nos era permitido gozar, y ocupándonos solo de lo presente, me dijo mi amigo:

—Al fin nos vemos solos, y nos contaremos nuestras cuitas, con la franqueza que acostumbrabamos, y á fé amigo mío, que tengo algunas que referirte, pues soy harto desgraciado, tanto que he pensado tomar una resolucion, que es para lo que te he hecho subir á este pobre zaquizami... . .

—Ya sabes, mi querido Eduardo, que te apreció mucho, y que haria cualquier sacrificio por tí; y cree amigo mío, que cuando puse el pié en la escalera de tu casa, y pensé que me llamaba un amigo porque necesitaba de mi auxilio, fué la única vez en mi vida que he sentido no ser muy rico ó muy influyente, para sacarte de la situacion en que te encuentras, y ademas de recompensar de esta manera los desvelos y trabajos, probarte que no me he olvidado de tí... . .

—Tal vez será una felicidad para ambos, me contestó Eduardo, que no te encuentres en esa posicion que tanto halaga á muchas personas, porque si te hallases en ella, te envejecerías demasiado, y hubieras dudado subir á esta mansion de la pobreza, despues de haber llegado en un magnífico carruaje, reclinado sobre blandos y muelles almohadones... He tenido, amigo mío, la desgracia de sufrir algun desengaño de este género, y apreciando mas tu amistad que mi fortuna sentiria verte rico... Creo que á las personas que hemos nacido con una fortuna regular, las muchas riquezas nos deslumbran y

avanzan, y la miseria nos degrada y envilece, de modo que no sabemos ser ni pobres ni potentados...

—Siempre filósofo!... Eduardo... Pero dejemos bromas, hablemos de una vez de lo que quieres, y dime que puedo hacer por ti...

—Voy á referirte en seguida, y en muy pocas palabras mi situacion, y lo que pienso hacer... Esta es no poseer ni un solo maravedí... Ya ves que soy leónico en mis explicaciones... dijo sonriendo con calma, y como una persona muy acostumbrada á semejante posicion... Ahora te diré muy por mayor lo que he pasado desde que no nos vemos, y el partido que pienso tomar para salir de esta miseria, y no volver á sentir su azote si me es posible, en adelante...

N. R. DE LOSADA.

(Continuará.)

VARIEDADES.

COMBATE DE UN HALCON Y UNA COMADREJA.

El 2 de Abril de 1844 un propietario llamado Mr. Compton cazaba en el condado de Wiltshire, ó mas bien, aguardaba la caza paseándose lentamente con el fusil bajo el brazo, cuando divisó un halcon que se cernia y balanceaba en el aire en actitud de apoderarse de una presa.

Era esta una comadreja que dormitaba entre la maleza; el halcon despues de haber revoloteado largo tiempo alrededor de su víctima, suspendió el remonte y se lanzó con la rapidez del rayo sobre ella, sumergiendo al mismo tiempo las garras y el pico en las carnes palpitantes del animal; cualquiera hubiera creído que iba á devorarla sin remedio. Empero muchas veces la sutileza y sagacidad triunfan de la violencia y de la fuerza. Es proverbial entre los aldeanos de Alemania é Inglaterra, que la comadreja nunca duerme. Y efectivamente el animal sobre el que se precipitó su terrible enemigo con tanto furor, y que parecia dormir profundamente, no se desconcertó con tan brusco ataque; antes por el contrario le acometió por el flanco mas débil, y haciendo presa en el cuello del ave de rapiña, comenzó á chupar la sangre de su adversario, el cual al cabo de un minuto, solo trató de fugarse y abandonar el campo.

Hubo un momento en que el halcon con sus garras levantó en el aire á la comadreja, y este cuadrúpedo precisado á remontarse con el ave de rapiña, cayó aturrido y cubierto de sangre sobre el césped, en tanto que el halcon herido en el cuello, derramaba sobre la yerba gruesas gotas de sangre y exhalaba profundos alaridos que demostraban bien la cólera de que se hallaba poseído. De vez en cuando un sordo gemido de angustia y de dolor se mezclaba y confundía con espantosos ahullidos. Pero llega hasta tal punto el furor dominante de esas aves de rapiña, que ejercen en los aires el poder despótico de los tiranos, que sin embargo de tan completa derrota, volvió el halcon de nuevo á la carga, con mas furia y violencia.

La comadreja levantada su pequeña cabeza, cubierta de sangre, seguía con la vista todos los movimientos del enemigo, y con el cuerpo estirado prontamente lo mismo, á la huida, que al ataque ó á la defensa, aguardaba impávida el nuevo asalto ó la retirada del halcon. Casi tres minutos estuvieron observándose ambos combatientes; el halcon dando vueltas lentamente en el aire aguardando una ocasion que le facilitase la victoria, y la comadreja permaneció inmóvil. Á maestrada esta con el buen éxito de su estratagema, esperó con la boca abierta á que el ave de rapiña se levantase sobre ella, y cuando llegó el momento, le hizo presa en la parte mas carnosa del cuello y la ahogó; en seguida orgullosa con el triunfo que habia conseguido, iba á arrastrarle hácia su cueva, cuando Mr. Compton, mudo é invisible espectador de esta escena extraordinaria cargó su fusil; pero el ruido que hizo espantó al vencedor que huyó con la rapidez del relámpago, dejando en el campo de batalla su ensangrentado trofeo.

CRONICA.

*. El día 30 se reunió la junta general del Liceo para elegir los individuos que han de componer la directiva en el próximo año. Varias eran las candidaturas que circulaban con probabilidades de triunfo, quedando por fin nombrados los sujetos siguientes.—Presidente, Excmo. Sr. Marqués de Remisa, Consejeros: 1.º D. Ventura de la Vega, 2.º D. Manuel María Fevre. Suplente, D. Mariano Vela de Aguirre, Secretario, 1.º Don Andrés del Rio, 2.º D. Juan Bautista Sandoval. Suplente, Don Manuel Ojeda, Contador, D. Juan Francisco Camacho. Suplente, D. Telesforo José Escobar, Tesorero, D. Francisco Martín Vallejo. Suplente, D. José María Bremón, Bibliotecario, D. Manuel Cañete.

*. En el teatro de la Cruz se disponen para ponerse en escena, los acreditados dramas, *El Trovador* y *Macías*.

*. Con la representacion del *Barbero* se despidió parte de la compañía lirica del Circo, que cuatro meses ha sido escuchada con avidez y entusiasmo. La concurrencia, á pesar de lo poco á propósito de la estacion para encerrarse en los teatros, fué inmensa; todas las personas apasionadas de los célebres cantantes, que permanecen en Madrid, acudieron á darlos el último adios y á solemnizar esta representacion, tan animada como las mas brillantes del invierno. La señora Persiani quiso corresponder á esta prueba de predileccion, haciendo alarde de su facilidad en la ejecucion, y prodigando esos admirables adornos que sin esfuerzo al parecer, salen de su garganta para sorprender y maravillar á los espectadores. Indudablemente han sido pocas las funciones en que la célebre prima donna ha cantado tambien: su recuerdo y el de toda la compañía, quedará indeleblemente grabado en el público de Madrid, y será un mal precedente para los cantantes que hayan de venir el invierno próximo, porque no podrán satisfacer las exigencias de un público mal acostumbrado.

Concluida la representacion, fueron llamados á la escena y aplaudidos con entusiasmo, los artistas que en ella habian tomado parte.